

A vuestros cuerpos dispersos

Philip José Farmer

Traducción:
Domingo Santos



Su esposa lo había aferrado entre sus brazos como si así pudiera mantenerlo apartado de la muerte.

Él había gritado:

—¡Dios mío, me muero!

La puerta de la habitación se había abierto, y había visto un gigantesco dromedario negro fuera, y había oído el tintineo de las campanillas de su arnés cuando el cálido viento del desierto las agitó. Luego, una gran faz blanca rematada por un gran turbante negro había aparecido en el vano de la puerta. El eunuco había atravesado la puerta, moviéndose como una nube, con una gigantesca cimitarra en su mano. La Muerte, el Destructor de los Placeres, el Igualador de la Sociedad, había llegado al fin.

Oscuridad. Nada. Ni siquiera supo que su corazón se había detenido para siempre. Nada.

Luego, sus ojos se abrieron. Su corazón estaba latiendo fuertemente. ¡Se sentía fuerte, muy fuerte! Todo el dolor de la gota de su pie, la agonía del hígado, la tortura de su corazón, todo había desaparecido.

Había un silencio tal que podía oír la sangre moviéndose en su cabeza. Estaba solo en un mundo sin sonidos.

Una brillante luz de idéntica intensidad lo llenaba todo. Podía ver, y sin embargo no comprendía lo que estaba viendo. ¿Qué eran esas cosas por encima, por el lado y por debajo de él? ¿Dónde estaba?

Trató de sentarse, y notó, atontado, una sensación de pánico. No había nada en qué sentarse, porque estaba suspendido en la nada. El intento lo lanzó dando una voltereta, muy lentamente, como si se hallara en un baño de melaza no muy viscosa. A treinta centímetros de las yemas de sus dedos se hallaba una barra de brillante metal rojo. La barra llegaba de arriba, del infinito, y descendía hacia el infinito. Trató de aferrarla porque era el objeto sólido más cercano, pero algo invisible resistía su esfuerzo. Era como si las líneas de alguna fuerza estuvieran empujándole, repeliéndole.

Lentamente, giró sobre sí mismo en una cabriola. Luego, la resistencia lo detuvo con las yemas de sus dedos a unos quince centímetros de la barra. Extendió su cuerpo y se movió hacia adelante una fracción de centímetro. Al mismo tiempo, su cuerpo comenzó a girar sobre sí mismo alrededor de su eje longitudinal. Inhaló aire ruidosamente. Aunque sabía que no había dónde aferrarse, no podía dejar de agitar los brazos con pánico, tratando de agarrarse a algo.

¿Estaba ahora boca «arriba» o boca «abajo»? Fuera cual fuese la dirección, estaba en la opuesta a la que miraba cuando se había despertado. Y no es que eso importase. «Por encima» de él y «por debajo» de él, la vista era la misma. Estaba suspendido en el espacio, y le impedía que cayese una crisálida invisible e intangible. A un metro ochenta «por debajo» de él se hallaba el cuerpo de una mujer con la tez muy pálida. Estaba desnuda, y desprovis-

ta totalmente de pelo. Parecía estar durmiendo. Sus ojos estaban cerrados, y sus senos se alzaban y descendían suavemente. Tenía las piernas juntas y muy rectas, y los brazos pegados al costado. Giraba lentamente como un pollo en un asador.

La misma fuerza que la hacía girar le estaba haciendo girar a él. Giró lentamente, apartándose de ella, y vio otros cuerpos desnudos y sin pelo, hombres, mujeres y niños, frente a él en silenciosas hileras girantes. Por encima de él se hallaba el cuerpo desnudo, sin cabello, y girante, de un negro.

Bajó la cabeza de forma que pudo ver su propio cuerpo. También él estaba desnudo y sin pelo. Su piel era suave, los músculos de su vientre eran firmes, y sus caderas estaban revestidas de unos músculos fuertes y jóvenes. Las venas que antes sobresalieran como azules perforaciones de topo habían desaparecido. Ya no tenía el cuerpo de un debilitado y enfermo hombre de sesenta y nueve años que había estado muriendo tan solo un momento antes. Y el centenar o así de cicatrices se habían esfumado.

Se dio cuenta entonces de que no había ancianos entre los cuerpos que lo rodeaban. Todos parecían tener unos veinticinco años de edad, aunque era difícil determinar su edad exacta, dado que las cabezas y los pubis sin pelo hacían que al mismo tiempo pareciesen más jóvenes y más viejos.

Había fanfarroneado a menudo diciendo que no sabía lo que era el miedo. Ahora, el miedo le arrancó el grito que se formaba en su garganta. Su miedo lo atenazó y ahogó la nueva vida que surgía en él.

Al principio se había sentido asombrado de seguir viviendo. Luego, su posición en el espacio y la disposición

de lo que ahora le rodeaba había congelado sus sentidos. Estaba viendo y sintiendo a través de una gruesa ventana semiopaca. Tras unos pocos segundos, algo se rompió en su interior. Casi podía oírlo, como si la ventana se hubiera abierto repentinamente.

El mundo tomó una forma que podía aferrar, aunque no comprender. Sobre él, a ambos lados, por debajo, tan lejos como pudiera ver, flotaban cuerpos. Estaban dispuestos en hileras verticales y horizontales. Las hileras que iban de arriba abajo estaban separadas por barras rojas, delgadas como palos de escoba, una de las cuales estaba situada a treinta centímetros de los pies de los durmientes y la otra a treinta centímetros de sus cabezas. Cada cuerpo estaba distanciado como un metro ochenta del cuerpo que tenía encima y a cada lado.

Las barras subían desde un abismo sin fondo y se extendían hacia otro abismo sin techo. Aquel tono grisáceo en el que las barras y los cuerpos, arriba y abajo, a derecha e izquierda, desaparecían, no era ni el cielo ni la tierra. No había nada en la distancia, excepto la penumbra del infinito.

A un lado había un hombre de tez oscura con facciones toscanas. A su otro lado había una hindú, y tras ella un hombretón de aspecto nórdico. No fue hasta la tercera revolución cuando pudo determinar qué era lo que notaba de raro en aquel hombre. Su brazo derecho, desde un punto situado inmediatamente por debajo del codo, era rojo. Parecía faltarle la capa exterior de la piel.

Algunos segundos después, a varias hileras de distancia, vio un cuerpo adulto de hombre al que le faltaban la piel y todos los músculos del rostro.

Había otros cuerpos que no estaban completos. A lo lejos, apenas divisible, se hallaba un esqueleto con una maraña de órganos en su interior.

Continuó girando y observando, mientras su corazón tamborileaba contra su pecho por el terror. Por aquel entonces comprendía ya que se hallaba en alguna cámara colosal, y que las barras metálicas estaban irradiando una fuerza que, de alguna manera, sostenía y hacía girar a millones, quizá miles de millones, de seres humanos.

¿Dónde se hallaba aquel lugar?

Ciertamente no era la ciudad de Trieste, del Imperio Austrohúngaro, en 1890.

No era como ningún cielo o infierno del que hubiera oído jamás hablar, o acerca del que hubiera podido leer, y pensaba que conocía cada una de las teorías sobre la otra vida.

Había muerto. Ahora estaba vivo. Durante toda su vida se había reído de la idea de que hubiera una vida después de la muerte. Por una vez, no podía negar que se había equivocado. Pero no había nadie presente para exclamar: «¡Ya te lo dije, maldito incrédulo!».

De todos aquellos millones de seres, era el único que estaba despierto.

Mientras giraba a una velocidad aproximada de una revolución completa cada diez segundos, vio algo más que lo hizo jadear asombrado. A cinco hileras de distancia había un cuerpo que, a primera vista, parecía ser humano.

Pero ningún miembro de la especie del *homo sapiens* tenía tres dedos y un pulgar en cada mano, y cuatro dedos en cada pie. Ni una nariz y unos labios delgados y negros como los de un perro. Ni un escroto con

muchas pequeñas protuberancias. Ni orejas con tan extrañas circunvoluciones.

El terror se desvaneció. Su corazón dejó de latir rápidamente, aunque no volvió a la normalidad. Se le descongeló el cerebro. Tenía que salir de aquella situación en la que estaba tan inerme como un cerdo en el asador. Tenía que conseguir encontrar a alguien que le dijese lo que estaba haciendo allí, cómo había llegado allí, por qué estaba allí.

Tenía que actuar.

Encogió las piernas y pateó, y averiguó que la acción, o mejor dicho la reacción, lo empujaba un centímetro hacia delante. Pateó de nuevo y se movió contra la resistencia. Pero, cuando hizo una pausa, fue lentamente devuelto a su posición original. Y sus brazos y sus piernas fueron suavemente empujados hacia su rígida posición primitiva.

Frenéticamente, pateando y braceando como si nada se, logró avanzar hacia la barra. Cuanto más se acercaba a la misma, más fuerte se tornaba el campo de fuerza. No abandonó. Si lo hiciera, regresaría a donde estaba, y sin la fuerza suficiente para comenzar a luchar de nuevo. No era propio de él abandonar hasta haber gastado todas sus fuerzas.

Su respiración era ronca, su cuerpo estaba cubierto de sudor, sus brazos y piernas se movían como en una gelatina espesa y su progreso era imperceptible. Luego, las puntas de los dedos de su mano izquierda tocaron la barra. La notó caliente y dura.

De pronto, supo en qué dirección estaba «abajo». Cayó.

El contacto había roto el hechizo. Las telarañas de aire que lo rodeaban se rompieron sin un sonido, y se notó caer.

Estaba lo bastante cercano a la barra como para aferrarla con una mano. La repentina detención de su caída hizo entrar su cadera en contacto con la barra, con un impacto doloroso. La piel de su mano ardía mientras se deslizaba por la barra, pero entonces se asió también con la otra mano, y se detuvo.

Frente a él, al otro lado de la barra, los cuerpos habían comenzado a caer. Descendían con la velocidad de un cuerpo que cae en la Tierra, y cada uno mantenía su posición extendida y la distancia original entre el cuerpo de arriba y el de abajo. Incluso seguían girando.

Fue entonces cuando los hálitos de aire en su espalda desnuda y sudorosa le hicieron girar alrededor de la barra. Tras él, en la hilera vertical de cuerpos que había ocupado, los durmientes también caían. Uno tras otro, como si fueran dejados caer metódicamente a través de una trampa, girando lentamente, fueron pasando frente a él. Sus cabezas pasaban rozándole a pocos centímetros. Había tenido suerte de que no hubieran chocado con él, haciéndole soltar la barra y caer al abismo, junto con ellos.

Caían en pausada procesión. Cuerpo tras cuerpo, desplomándose a ambos lados de la barra, mientras las otras hileras de millones y millones seguían durmiendo.

Durante un tiempo, los miró. Luego comenzó a contar cuerpos; siempre había sido un devoto numerador. Pero, cuando hubo contado 3001, lo dejó correr. Después de esto se limitó a observar la catarata de carne. ¿Hasta qué altura, hasta qué altura inconmensurable estaban almacenados? ¿Y cuán abajo podían caer? Sin querer, los había precipitado cuando su asir había interrumpido la fuerza que emanaba de la barra.

No podía subir por la barra, pero podía descender por ella. Comenzó a bajar, y luego miró hacia arriba y se olvidó de los cuerpos que pasaban junto a él. En alguna parte por encima, un zumbido estaba cubriendo el sonido silbante de los cuerpos que caían.

Un vehículo estrecho, de alguna sustancia verde brillante y con forma similar a la de una canoa, estaba descendiendo entre la columna de los que caían y la vecina columna suspendida. La canoa aérea no tenía ningún medio visible de sustentación, pensó, y era tal su terror que ni siquiera se recreó con su juego de palabras: ningún medio visible de sustentación. Era como un navío mágico salido de las mil y una noches.

Un rostro apareció sobre la borda del navío. El vehículo se detuvo, y el sonido zumbante cesó. Otro rostro apareció junto al primero. Ambos tenían cabello largo, oscuro y lacio. Entonces, los rostros desaparecieron, se reinició el zumbido, y la canoa descendió de nuevo hacia él. Cuando estaba a un metro y medio por encima, se detuvo. Había un único pequeño símbolo en el casco verde: una espiral blanca que se abría a la derecha. Uno de los ocupantes de la canoa habló, en un lenguaje con muchas vocales y una clara pausa glótica que se producía a menudo. Sonaba como polinesio.

Bruscamente, la invisible crisálida de su alrededor volvió a aparecer. Los cuerpos que caían comenzaron a frenar su velocidad de descenso, y más tarde se detuvieron. El hombre agarrado a la barra notó que la fuerza sustentadora se apoderaba de él y lo alzaba. Aunque se aferró desesperadamente a la barra, sus piernas fueron levantadas y apartadas, y su cuerpo las siguió. Pronto se vio mirando hacia abajo. Le hicieron soltar las manos; noto como si su

asidero a la vida, a la cordura, al mundo, también hubiera desaparecido. Comenzó a flotar hacia arriba, y a girar sobre sí mismo. Pasó junto a la canoa aérea, y se alzó sobre ella. Los dos hombres de la canoa estaban desnudos, eran de piel oscura como los árabes yemenitas, y bellos. Sus facciones eran nórdicas, semejantes a las de algunos islandeses que había conocido.

Uno de ellos alzó una mano en la que tenía un objeto metálico del tamaño de un lápiz. El hombre lo apuntó, como si fuera a disparar algo con él.

El que flotaba en el aire gritó con ira, odio y frustración, y braceó para nadar hacia la máquina.

—¡Mataré! —gritó—. ¡Mataré! ¡Mataré!

De nuevo perdió el conocimiento.

El dios estaba de pie junto a él mientras yacía sobre la hierba junto al río, entre los sauces llorones. Yacía con los ojos muy abiertos y tan débil como un bebé recién nacido. El dios le estaba pinchando en las costillas con la punta de un bastón de hierro. El dios era un hombre alto de edad mediana. Tenía una larga barba negra bifurcada, y usaba las ropas domingueras de un caballero inglés del año quincuagésimo tercero del reinado de la emperatriz Victoria.

—Llegas tarde —dijo el dios—. Hace mucho que tenías que haber pagado tu deuda, ¿sabes?

—¿Qué deuda? —dijo Richard Francis Burton. Se pasó los dedos sobre sus costillas para asegurarse de que todas seguían allí.

—Me debes la carne —replicó el dios, pinchándole de nuevo con el bastón—, para no mencionar el espíritu. Me debes la carne y el espíritu, que son una misma cosa.

Burton trató de ponerse en pie. Nadie, ni siquiera el dios, iba a pinchar a Richard Burton en las costillas sin que este presentase batalla.

El dios, ignorando sus fútiles esfuerzos, sacó un gran reloj de oro del bolsillo de su chaleco, abrió su tapa gruesa y grabada, miró las manecillas y dijo:

—Mucho retraso.

El dios extendió su otra mano, con la palma hacia arriba.

—Paga, o de lo contrario me veré obligado a embargar.

—¿Embargar el qué?

Cayó la oscuridad. El dios comenzó a disolverse en ella.

Fue entonces cuando Burton se dio cuenta de que el dios se le parecía. Tenía el mismo cabello oscuro y lacio, el mismo rostro árabe con oscuros ojos penetrantes, pómulos salientes, labios gruesos y la barbilla muy adelantada y hendida. Las mismas largas y profundas cicatrices, testimonios de la jabalina somalí que había atravesado sus mejillas en aquella lucha en Berbera, también se hallaban en su rostro. Sus manos y pies eran pequeños, contrastando con sus amplias espaldas y su enorme pecho. Y tenía los bigotes largos y gruesos y la larga barba en horquilla que había originado que los beduinos denominasen a Burton «el padre de los bigotes».

—Te pareces al diablo —dijo Burton.

Pero el dios se había convertido simplemente en otra sombra en la oscuridad.

Burton seguía aún durmiendo, pero estaba tan cerca de la superficie de lo consciente que se dio cuenta de que había estado soñando. La luz estaba reemplazando a la noche.

Entonces se abrieron sus ojos. Y no supo dónde estaba.

Por encima había un cielo azul. Una suave brisa soplaba sobre su cuerpo desnudo. Su cabeza sin cabello y su espalda, piernas y palmas de las manos estaban sobre la hierba. Giró la cabeza hacia la derecha y vio una llanura cubierta con una hierba muy corta, muy verde y muy gruesa. La llanura ascendía suavemente durante un par de kilómetros. Tras la llanura había una cordillera que empezaba con pequeñas elevaciones, y luego se hacía más abrupta y alta y muy irregular de tamaño, mientras crecía hasta convertirse en montañas. Las colinas parecían extenderse unos cuatro kilómetros. Estaban cubiertas de árboles, algunos de los cuales brillaban con colores escarlatas, azules, verdes brillantes, amarillos llameantes y rosas profundos. Las montañas tras las colinas se alzaban repentinamente, en perpendicular, e increíblemente altas. Eran negras y azul verdosas; parecían hechas de roca ígnea cristalina, con grandes manchas de líquen cubriendo al menos un cuarto de su superficie.

Entre él y las colinas había muchos cuerpos humanos. El más cercano, situado tan solo a unos pasos de distancia, era el de la mujer blanca que había estado bajo él en aquella hilera vertical.

Quería alzarse, pero se sentía torpe y atontado. Todo lo que podía hacer por el momento, y para ello necesitaba un gran esfuerzo, era volver su cabeza hacia la izquierda. Allí había más cuerpos desnudos sobre una llanura que descendía hacia un río situado quizá a unos cien metros de distancia. El río tenía más o menos un par de kilómetros de anchura, y en su otro lado había otra llanura, probablemente de unos dos kilómetros de ancho, que subía hacia el pie de unas colinas cubiertas con más árboles, tras las que se alzaban, tremendamente negras y azul verdosas, las montañas. Aquello era el este, pensó vagamente. El sol se acababa de alzar sobre la cima de una montaña de allí.

Casi junto al borde del río había una extraña estructura. Era de granito gris con pintas rojas, y tenía la forma de una seta. Su ancha base no podía tener más de un metro y medio de alto, y la sombrilla de la seta tenía un diámetro de más o menos quince metros.

Logró alzarse lo bastante como para apoyarse en un codo.

Había más setas de granito a lo largo de ambos lados del río.

Por todas partes de la llanura se veían seres humanos, desnudos y sin pelo, espaciados a un metro ochenta de distancia. La mayor parte de ellos estaban echados de espaldas y mirando al cielo. Otros comenzaban a moverse, a mirar a su alrededor e incluso a sentarse.

También él se sentó, y se palpó la cabeza y el rostro con ambas manos. Ni una arruga.

Su cuerpo no era aquel cuerpo arrugado, apergaminado, huesudo, agostado, de un viejo de sesenta y nueve años que había yacido en su lecho de muerte. Era el cuerpo de piel suave y poderosamente musculado que poseía cuando tenía veinticinco años de edad. El mismo cuerpo que había tenido cuando estaba flotando entre aquellas barras, en el sueño. ¿Sueño? Le había parecido demasiado veraz para ser un sueño. No era un sueño.

Alrededor de su muñeca había una delgada banda de material transparente. Estaba unida a una tira de quince centímetros de largo del mismo material. El otro extremo estaba fijado a un arco metálico, el asa de un cilindro de metal grisáceo con una tapa cerrada.

Con la mente perdida, sin concentrarse porque su cerebro aún estaba demasiado atontado, alzó el cilindro. Pesaba menos de medio kilo, así que no podía ser de hierro, ni aunque estuviera vacío. Su diámetro era de cuarenta y cinco centímetros y tenía unos setenta y cinco de altura.

Todo el mundo tenía un objeto similar atado a su muñeca.

Tambaleante, con su corazón comenzando a acelerarse a medida que sus sentidos se despertaban, se puso en pie.

También otros se estaban levantando. Muchos tenían rostros alucinados o congelados por un gélido asombro. Algunos parecían temerosos. Sus ojos estaban desorbitados y giraban sin cesar; sus pechos se alzaban y descendían rápidamente; sus respiraciones siseaban. Algunos temblaban como si un viento helado soprase sobre ellos, aunque el aire era agradablemente cálido.

Lo extraño, lo realmente asombroso y terrorífico, era el silencio casi completo. Nadie decía una sola palabra;

solo se oía el sisear de las respiraciones de los que estaban más cerca, y un pequeño golpe cuando un hombre se dio una palmada en la pierna; un silbido débil de una mujer.

Tenían las bocas abiertas, como si estuviesen a punto de decir algo.

Comenzaron a moverse, mirándose los unos a los otros al rostro, a veces tendiendo la mano para tocar suavemente a alguien. Movían temerosos sus pies desnudos, giraban en una dirección, volvían a girar en otra, atisbaban a las colinas, a los árboles cubiertos por la floración prolífica y de brillantes colores, a las empinadas montañas cubiertas de musgo, al reverberante río verde, a las piedras en forma de seta, a las muñequeras y a los cilindros metálicos grises.

Algunos se palpaban los cráneos pelados y los rostros.

Todo el mundo parecía encerrado en un movimiento sin ton ni son, y en el silencio.

De pronto, una mujer comenzó a gemir. Cayó de rodillas, echó la cabeza hacia atrás, y aulló. Al mismo tiempo, muy a lo lejos en la orilla del río, otra persona también aulló.

Fue como si esos dos gritos fueran señales. O como si los dos fueran llaves dobles de la voz humana y la hubieran abierto.

Los hombres, mujeres y niños comenzaron a gritar o llorar o arañarse los rostros con las uñas o golpearse el pecho o caer de rodillas y alzar las manos en oración o tirarse al suelo y tratar de ocultar sus rostros en la hierba como si, cual avestruces, quisiesen evitar ser vistos, o a rodar hacia adelante y atrás, ladrando como perros o aullando como lobos.

El terror y la histeria se apoderaron de Burton. Deseaba caer de rodillas y rogar por su salvación en el juicio. Suplicar piedad. No deseaba ver el cegador rostro de Dios apareciendo sobre las montañas, un rostro más brillante que el sol. No era tan bravo ni estaba tan desprovisto de culpa como había pensado. El juicio sería tan terrible, tan tremendamente definitivo, que no podía soportar el pensar en él.

En una ocasión, había tenido un sueño acerca de estar ante un dios después de haber muerto. Se había encontrado pequeño y desnudo en medio de una vasta llanura como aquella, pero estaba solo. Entonces el dios, grande como una montaña, había caminado hacia él. Y él, Burton, no había retrocedido, y había desafiado al dios.

Aquí no estaba el dios, pero de todas maneras huyó. Corrió a través de la llanura, apartando de su camino a hombres y mujeres, rodeando a algunos, saltando sobre otros, mientras se revolcaban por el suelo. Mientras corría aullaba: «¡No! ¡No! ¡No!». Sus brazos revoloteaban para apartar horrores invisibles. El cilindro aferrado a su muñeca giraba una y otra vez.

Cuando jadeaba de tal forma que ya no podía aullar, y sus brazos y piernas colgaban pesados, y los pulmones le ardían, y su corazón tamborileaba, se dejó caer bajo el primero de los árboles.

Tras un rato, se sentó y miró hacia la llanura. El sonido de la multitud había cambiado de gemidos y aullidos a un gigantesco charloteo. La mayoría estaban hablando unos con otros, aunque no parecía que nadie estuviese escuchando. Burton no podía oír ninguna palabra suelta. Algunos hombres y mujeres se estaban abrazando y besando como si se conociesen en sus vidas anteriores y

ahora se aferrasen unos a otros para asegurarse a sí mismos sus identidades y su realidad.

Había un cierto número de niños en la gran multitud. Sin embargo, ninguno de ellos tenía menos de cinco años. Como las de sus mayores, sus cabezas estaban desprovistas de cabello. La mitad de ellos lloraban, clavados en su sitio. Otros, también llorando, corrían de un lado a otro, mirando a los rostros de la gente, obviamente en busca de sus padres.

Comenzaba a respirar con mayor facilidad. Se alzó y se volvió. El árbol bajo el que se hallaba era un pino rojo de sesenta metros de alto. Junto a él había un árbol de un tipo que jamás había visto. Dudaba que jamás hubiese existido en la Tierra. Estaba seguro de no hallarse en la Tierra, aunque no hubiera podido dar ninguna razón específica en aquel preciso momento. El árbol tenía un tronco grueso, negruzco y nudoso, y muchas ramas gruesas con hojas triangulares de unos dos metros de largo, y de color verde con nervios escarlata. Tenía unos noventa metros de alto. También había otros árboles que parecían abetos, robles, encinas y diversas variedades de pinos.

Aquí y allá había matorrales de plantas altas parecidas a bambúes, y en todas partes en las que no se hallaban árboles o bambúes se veía hierba de unos noventa centímetros de alto. No había animales a la vista, ni insectos, ni pájaros.

Miró a su alrededor buscando un palo o una rama. No tenía la menor idea de lo que estaba programado para la humanidad, pero si era dejada sin supervisión o control, pronto volvería a su estado normal. Una vez hubiera pasado el *shock*, la gente comenzaría a cuidarse de sí

misma, y esto significaría que algunos tratarían de hacer daño a los otros.

No encontró nada que fuera útil como arma. Entonces se le ocurrió que el cilindro metálico podía ser usado como arma. Lo golpeó contra un árbol. Aunque pesaba poco, era tremendamente duro.

Alzó la tapa, que estaba abisagrada en un lado, por dentro. El interior hueco tenía seis anillos metálicos de quita y pon, tres a cada lado, espaciados de tal forma que cada uno de ellos contenía una taza o plato hondos, o un recipiente rectangular de metal gris. Todos estos recipientes estaban vacíos. Cerró la tapa. Indudablemente, ya averiguaría a su tiempo cuál era la función del cilindro.

Fuera lo que fuese lo que había sucedido, la transformación no había dado como resultado cuerpos de frágil ectoplasma nebuloso. Él era de carne, huesos y sangre.

Aunque aún se sentía un poco apartado de la realidad, como si se hubiese soltado de los engranajes del mundo, ya iba saliendo de su *shock*.

Tenía sed. Tenía que bajar al río y beber, esperando que no estuviese envenenado. Ante este pensamiento, sonrió secamente y se frotó el labio superior. Su dedo se sintió desencantado. Aquella era una reacción curiosa, pensó, y entonces recordó que su grueso bigote había desaparecido. Oh, sí, esperaba que el agua del río no estuviese envenenada. ¡Qué extraño pensamiento! ¿Para qué iban a ser devueltos a la vida los muertos, si volvían a morir enseguida? Pero se quedó un largo rato bajo el árbol. No deseaba volver a pasar por entre aquella multitud que hablaba enloquecida y sollozaba histéricamente, para

lograr llegar al río. Aquí, lejos de la muchedumbre, estaba liberado de gran parte del terror y de la conmoción que lo envolvían como un mar. Si regresaba, quedaría de nuevo atrapado en sus emociones.

En aquel momento, vio que una figura se destacaba de la masa desnuda y caminaba hacia él. Vio que no era humana.

Fue entonces cuando Burton estuvo seguro de que aquel día de la resurrección no era ninguno de los que habían profetizado cualquiera de las religiones. Burton no había creído en el Dios de los cristianos, musulmanes, hindúes o de ninguna fe. De hecho, no estaba muy seguro de creer en ningún Creador. Había creído en Richard Francis Burton y en unos pocos amigos. Estaba seguro de que, cuando muriese, el mundo dejaría de existir.